

Capítulo 8

Siete ángeles y siete alarmas de trompeta

([índice](#))

Apocalipsis 8:1: Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora.

¿Cuál es la causa de ese “silencio”?

El capítulo siete es una inserción entre los eventos bajo el sexto sello y la apertura del séptimo. Durante el sexto sello vimos a muchos, grandes y pequeños, clamando a las cuevas y a las peñas, pidiéndoles que cayeran sobre ellos para ocultarlos del rostro de Aquel que se sienta en el trono, y de la ira del Cordero. Este era su clamor: “¿Quién podrá sostenerse en pie?” (Apocalipsis 6:17).

La respuesta a esa cuestión es que nadie podrá, excepto que haya recibido el sello de Dios: la señal de haber entregado el yo para que sea crucificado con Cristo. Se inserta el capítulo séptimo a modo de buenas nuevas que responden a esa gran pregunta de entre todas las preguntas. Pero la vasta mayoría de los habitantes del mundo ha rechazado la cruz y ha elegido perecer. Y mientras perecen, hay “silencio en el cielo”.

¿Cómo podría Dios limpiar toda lágrima de los ojos de los redimidos sin haber enjugado antes sus propias lágrimas? ¿Puede Dios contemplar la destrucción de todos esos que perecen en la agonía y desesperación sin sentir una gran pena? Ni una sola arpa entona su dulce y alegre melodía en el cielo. La victoria del Cordero ha significado salvación eterna para quienes creyeron, pero también pérdida eterna para quienes no lo hicieron. Dios amó a todos y cada uno, y también lo hicieron los ángeles.

Si se entiende esa “media hora” como tiempo profético —cada día equivale a un año—, media hora sería una semana. Pero podría tratarse simplemente de un período de tiempo breve e indefinido.

El triunfo final del Cordero al abrir el séptimo sello no puede tener lugar antes que su pueblo —los ciento cuarenta y cuatro mil— se avenga a recibir el sello en sus frentes. Ese es el resumen del capítulo siete. Sus siervos no son insignificantes: en su mano está adelantar o demorar el triunfo de Cristo.

Apocalipsis 8:2-4: Luego vi los siete ángeles que estaban de pie ante Dios, y se les dieron siete trompetas. Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que estaba delante del trono. El humo del incienso con las oraciones de los santos subió de la mano del ángel a la presencia de Dios.

En esta sección regresamos a otro análisis de los eventos ocurridos en la tierra desde el tiempo de Cristo encarnado. Las siete iglesias y los siete sellos nos dieron vislumbres del progreso de la obra salvífica de Dios en la tierra en lo que respecta a su pueblo, culminando en el triunfo cuando sus siervos reciben el sello. Ahora nos encontramos ante una revisión histórica desde otro punto de vista. En la profecía bíblica las trompetas simbolizan guerras. El sonido de la trompeta es un apercebimiento que advierte de un tiempo de conflicto y agitación en el mundo.

Esas trompetas advierten de sucesos que tienen cierta semejanza con las plagas descritas en el capítulo 16, pero que no se pueden identificar con ellas por varios motivos:

(a) Las catástrofes a las que se refieren las trompetas están mezcladas con misericordia, a diferencia de las últimas plagas.

(b) El objetivo de las trompetas es advertir a las personas para que hagan la debida preparación, pero cuando comienzan las plagas terminó ya cualquier posibilidad de preparación. Todos los desastres ocurridos en la historia pasada son un anticipo de las catástrofes finales bajo las siete últimas plagas.

Así, las siete trompetas vienen a ser una visión de “[los reinos del mundo](#)” (Apocalipsis 11:15) en sus luchas de unos contra otros, aunque siempre en relación con la obra de Dios en la tierra.

Pero primeramente tenemos un mensaje de esperanza y de buenas nuevas. Mientras que “[siete ángeles](#)” supervisan las guerras y conflictos en la tierra, a “[otro ángel](#)” se le encomienda ministrar las necesidades del pueblo de Dios, ofreciendo “[mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos](#)”. El estruendo de la contienda nunca llega a ser tan intenso como para silenciar las oraciones de los santos. Se nos garantiza la existencia de misericordia mezclada con los juicios de que nos advierten las siete trompetas. Ciertamente durante todo el período agonizante en el que suenan las siete trompetas Dios recuerda y ejerce su misericordia.

El “[altar de oro](#)” y el “[incienso](#)” nos emplazan en el santuario celestial. El incienso perfuma la estancia. Contrarresta los malos olores. En el altar del santuario hebreo se lo ofrecía continuamente en representación de la fragante justicia de Cristo que cubre el egoísmo y pecado humanos. Cuando oramos, el cielo no nos ve como a pecadores indignos de ser escuchados. Nos ve en Cristo, y

nuestras oraciones ascienden con ese perfume y aroma fragante al Padre, debido a que Cristo toma nuestro lugar.

En eso consiste orar en el nombre de Jesús. Él conoce por experiencia las pruebas de su pueblo que vive en un mundo de dolor y conflicto. Cristo ha extendido sus brazos sobre todos nosotros, de forma que cuando el Padre acepta a Cristo nos recibe también a nosotros con él. En la perfecta justicia de Cristo, el Padre aceptó gozosamente a toda la humanidad pecadora. Eres el pariente cercano de Cristo, participante de su “carne y sangre” (Hebreos 2:14). Por consiguiente, estés donde estés y estés como estés, nunca temas invocar a Dios Padre en el nombre de Cristo.

Quizá dudes ante la idea de orar, temiendo no saber hacerlo de forma aceptable. Lo que sigue te dará el ánimo que necesitas: “El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Romanos 8:26-27).

Ese ministerio de la gracia continúa mientras suenan las siete trompetas:

Apocalipsis 8:5-6: Y el ángel tomó el incensario, lo llenó del fuego del altar y lo arrojó a la tierra; y hubo truenos, voces, relámpagos y un terremoto. Los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas.

Cuando Cristo termine su ministerio como sumo sacerdote y se vista con ropajes reales dejará de haber intercesión en favor de los pecadores no arrepentidos. Pero ese incensario lleno de fuego del altar que es arrojado a tierra sugiere que, mientras tienen lugar los eventos anunciados por las siete trompetas, el ministerio salvador

de Cristo continúa en la tierra a favor de quienes escogieron creer y andar en la luz de su evangelio. No se debe pensar que las catástrofes de las que nos advierten las siete trompetas sean necesariamente causadas por Dios. Nada en el libro de Apocalipsis indica que sea él quien las ocasiona. Al contrario, advierte misericordiosamente a su pueblo a que esté preparado para los desastres que a Satanás le será permitido traer a la tierra.

“[La revelación de Jesucristo](#)” (Apocalipsis 1:1) es siempre buenas nuevas, y esta sección del capítulo octavo no puede ser una excepción. Así se podría resumir la escena: aunque hay gran aflicción para quienes persisten en rechazar la verdad, eso coexiste con un ministerio de intercesión constante a favor de quienes escogen arrepentirse. Durante las siete trompetas caen juicios sobre quienes persiguen y dan muerte a los mártires de Cristo, cuya sangre clama (simbólicamente hablando) por venganza divina durante el quinto sello (Apocalipsis 6:9-11).

Las siete trompetas harán que nos retrotraigamos nuevamente en la historia a fin de contemplar otro desarrollo paralelo de eventos humanos en esta tierra. En esta ocasión vemos la ira y la retribución en la propia historia, siendo aplicadas a esos segmentos de la humanidad que han rechazado en gran medida el evangelio:

Apocalipsis 8:7: [El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre que fueron lanzados sobre la tierra. Y se quemó la tercera parte de los árboles, y toda la hierba verde fue quemada.](#)

La era cristiana, que es la que abarca el libro de Apocalipsis, comienza con el Imperio romano como siendo un mundo bello, próspero y seguro. La primera trompeta anuncia una larga serie de sucesivas devastaciones y conquistas que degradaron y minaron el

que había sido un bello imperio. Las trompetas que siguen a la primera describen una destrucción progresiva de todo lo que parecía seguro en aquel viejo mundo. Es como si Europa, América y todas las naciones civilizadas resultaran destruidas en nuestro tiempo, y una raza de salvajes ignorantes llegaran a la supremacía pisando las ruinas de esa destrucción para comenzar una nueva Edad Media.

El profeta Daniel había predicho claramente que el Imperio romano, poderoso como era, caería y sería reemplazado por diez reinos independientes (ver Daniel 2:40 y 42; 7:23-24). Los ciudadanos del Imperio se enriquecieron y corrompieron, invitando así a su autodestrucción. En el norte había muchas tribus bárbaras paganas ávidas por apropiarse de la riqueza y comodidades de los habitantes debilitados y corruptos del sur.

La primera invasión seria del Imperio romano la protagonizaron los godos liderados por Alarico, el año 395 de nuestra era. Conquistaron muchas ciudades de Grecia, y el año 410 capturaron la propia Roma.

El “granizo” puede implicar que los salvajes invasores procedían del frío norte. El “fuego” puede ser una descripción acertada de la suerte que corrieron aquellas ciudades y territorios. “Sangre” puede significar la matanza de sus habitantes. “Árboles” es un término común en la Biblia para referirse a los líderes y hombres prominentes, un símbolo adecuado teniendo en cuenta lo escasos que eran los árboles grandes en los paisajes de la antigüedad bíblica (ver Jueces 9:8-15).

Apocalipsis 8:8-9: El segundo ángel tocó la trompeta, y algo como un gran monte ardiendo en fuego fue precipitado en el mar. La tercera parte del mar se convirtió en sangre, murió la tercera parte

de los seres vivos que estaban en el mar y la tercera parte de las naves fue destruida.

Se nos llama inmediatamente la atención al mar, en contraste con la tierra a la que estaban confinados los efectos de la primera trompeta. Es como si estuviéramos examinando un gran mapa del mundo civilizado bajo el Imperio romano. Vemos que ocurre algo en el mar Mediterráneo —Gran Mar o Lago romano, como se le llamaba antiguamente— a través del cual tenía lugar el comercio naval que suponía gran riqueza para Roma. Después de los días de Alarico ¿fue Roma castigada por invasores que llegaron por el mar?

Así es. Bajo el liderazgo de Genserico, los vándalos invadieron repetidamente el Imperio romano desde el mar entre los años 428 y 469 de nuestra era. Si se hubieran podido contemplar desde una gran pantalla digital, sus conquistas habrían tenido la apariencia de un “gran monte ardiendo en fuego [que] fue precipitado en el mar”. Ese jefe poderoso navegó desde su cuartel general en África, y cruzó el Mediterráneo para atacar a los adinerados romanos en Italia y Grecia, destruyendo sus naves. Un emperador romano que tuvo el valor de hacerle frente reunió una flota de guerra compuesta por trescientos barcos en el puerto español de Cartagena. Genserico se percató de sus planes, penetró silenciosamente en las defensas del puerto y destruyó la flota.

El año 468 de nuestra era, el emperador de Oriente trató de doblegar a Genserico. Embarcó a cien mil soldados en mil ciento trece barcos a un coste astronómico a fin de atacarlo por sorpresa en Cartago, su sede en África. Pero una vez más el jefe vándalo los burló enviando barcos incendiarios a aquella flota masiva, sorprendiendo a la arrogante armada naval de Roma y causando una tal confusión entre ellos, que terminaron nuevamente derrotados.

Antes de morir a una edad avanzada y en el apogeo de su gloria, Genserico vio el derrocamiento de Roma y Occidente. Fue realmente calamitoso para un imperio que había desarrollado su poder durante mil años. No hace falta señalar que nuestras palabras “vandálico y “vandalismo” derivan de aquel pueblo, de los vándalos.

Apocalipsis 8:10-11: El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella ardiendo como una antorcha. Cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre las fuentes de las aguas. El nombre de la estrella es Ajenjo. La tercera parte de las aguas se convirtió en ajeno, y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se volvieron amargas.

Aún no estaba completa la obra de destrucción del viejo mundo de Roma. Vendría algo todavía peor. Las “fuentes de las aguas” se volverían amargas para las generaciones futuras. Se levantó un nuevo guerrero para destruir Roma, de nombre Atila. Dirigía hordas de hombres salvajes y crueles conocidos como los Hunos (de donde deriva el nombre Hungría). Historiadores han descrito la aparición de Atila en la escena de la historia, como un meteoro que centellea en el firmamento. Vino del este, donde reunió a sus seguidores para derramarlos después súbitamente en el Imperio romano.

Atila devastó grandes porciones de Europa. “Atila se jactaba de que la hierba nunca volvía a crecer allí donde había pisado su caballo. Se autoproclamó el azote de Dios ... El emperador de Occidente, junto al senado y el pueblo de Roma, se sometieron humilde y temerosamente al rudo Atila”.

Cuando Atila murió en el año 453 de nuestra era, el ejército de los Hunos desapareció casi instantáneamente de la historia. Fue realmente como una estrella fugaz que aparece y desaparece con

la misma rapidez. En contraste con los vándalos, los hunos no navegaron el Mediterráneo, sino que vinieron de las montañas, lugar donde se originan los ríos de Europa central. Cumple la descripción profética.

Apocalipsis 8:12-13: El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, la tercera parte de la luna y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciera la tercera parte de ellos y no hubiera luz en la tercera parte del día, y asimismo en la noche. Miré, y oí un ángel que volaba en medio del cielo y decía a gran voz: “¡Ay, ay, ay de los que habitan en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para tocar los tres ángeles!”

El resultado de esas calamidades fue que el panorama “se oscureciera”. Es de sobra conocido que los mil años que siguieron a la caída de Roma constituyeron la Edad Media, o edad oscura (oscurantismo). No sólo hubo oscuridad en el mundo político, sino también en la profesa iglesia de Cristo. Se apagó la propia civilización. El acceso al poder de la Iglesia de Roma vino marcado por el comienzo del oscurantismo. El aumento de su poder se correspondió con un aumento en la oscuridad. A fines del siglo VIII los partidarios del papa empezaron a pretender que en los primeros tiempos de la iglesia los obispos de Roma ya ostentaban el mismo poder espiritual que ahora se arrogaban. Las tinieblas parecían hacerse más impenetrables. En el siglo XIII se estableció la más terrible de las maquinaciones del papado: la Inquisición. El príncipe de las tinieblas obró de común acuerdo con los jefes de la jerarquía papal. En sus concilios secretos, Satanás y sus ángeles gobernaron los espíritus de los hombres malvados. El apogeo del papado fue la medianoche del mundo, y la cristiandad quedó paralizada moral e intelectualmente.

¡Pero aún quedaban por venir más contratiempos! A continuación presenciamos el surgimiento de otro poder tenebroso que habría de castigar a aquellos profesos cristianos adoradores de ídolos, que se habían apartado del evangelio en su pureza. Durante siglos la población acobardada de Europa vivió en el temor permanente de ser conquistada por los musulmanes. El islam permanece hasta hoy como un azote al cristianismo apóstata. La quinta trompeta se enfocará en el surgimiento de ese bien conocido poder.